

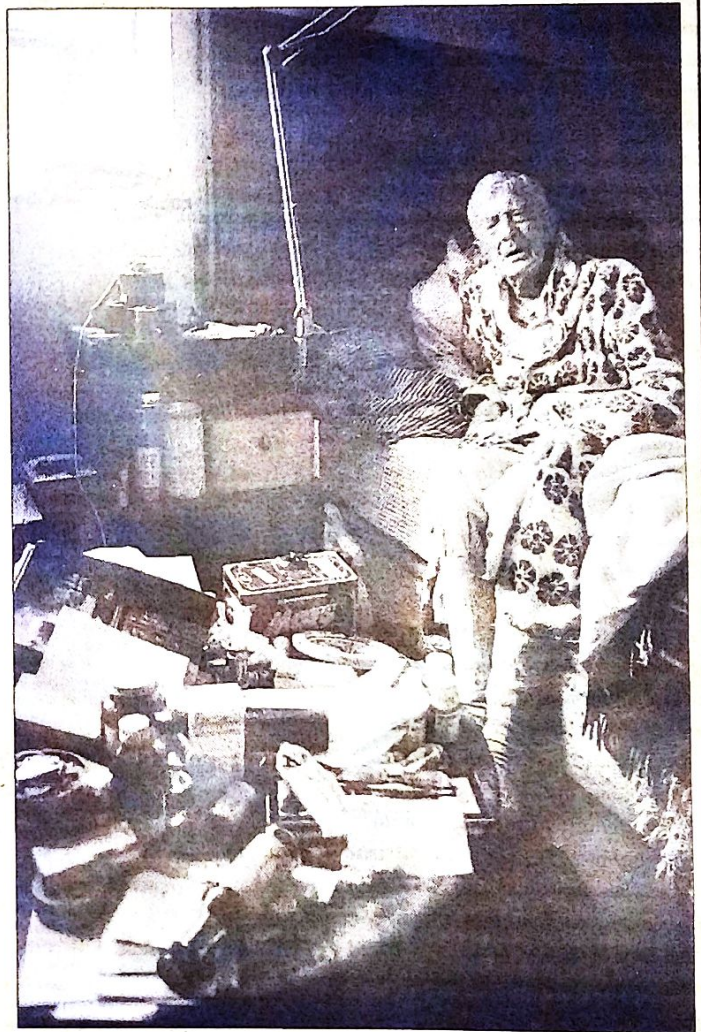


Paul Bowles

Si se la mira de cerca, la historia personal de Bowles no es atractiva. Sus viajes no eran tan bohemios como los pinta la mitología que surgió a sus expensas. Viajaba con una barbaridad de impedimenta. De un viaje que hizo con Jane contaba haber trasteado con "pesados baúles de ropa y dieciocho maletas grandes". Adondequiera que iba contaba con un chofer y criados de todas las especialidades. De su permanencia en Taprobana, una isla que compró frente a las costas de Sri Lanka, hizo un comentario típico de él: "Tan pronto conseguimos al cocinero que era, la vida se tornó agradable". Nada hay de inherentemente malo en viajar siendo rico. Yo lo haría, de serlo. Y viajar sin cocinero ni camarera ni chofer ni valet ni plano vertical ni una docena de trajes cruzados no garantiza que se experimente de manera menos indirecta el ambiente del lugar adonde uno haya ido. Pero viajar con todo lo enumerado hace que la adopción "del punto de vista de la mente primitiva" resulte más bien perversa. La manera de viajar de Bowles pone de relieve la falsedad de la nostalgia de *boue* (Nostalgia del lodo) que se percibe en buena parte de su obra de ficción. Sus novelas y relatos están llenos de líricas descripciones de paisajes, así como de prodigiosos -y, con frecuencia, inquietantes- atisbos psicológicos, pero los escenarios que siempre representa como exóticos o mágicos son los terruños de quienes allí viven, y es improbable que esas personas se consideren a sí mismas una escenografía colorinesca para las telenovelas y los dilemas morales que viven sus ociosos y acaudalados visitantes angloestadounidenses.

En cuanto al vínculo de Bowles con el Partido Comunista, fue algo de indole casi exclusivamente estética, por decir lo menos: "Tratábamos de compensar nuestra falta de devoción por el marxismo-leninismo viendo todas las películas rusas que se proyectaban en Nueva York". Logró colarse en el Proyecto Federal para el Teatro y se abrió paso hábilmente hacia la notoriedad pública para convertirse en el prototipo de la diva de la opulencia.

La autobiografía de Bowles, "Sin parar", es la causa de gran parte de la irritación expresada en esta necrología. Es un libro tediosamente episódico que se mueve entre anécdotas siempre tal vez ya contadas, en el que alguien suelta nombres como un conejo solitaria sus cagarrutas y que ofrece atisbos retrospectivos tan enjundiosos como éste "(Marcel Duchamp) era un hombre suave y tranquilo, y a mi parecer, sumamente inteligente". EL libro es tan a propósito antidramático y es tan poco lo que revela, que su esposa risueñamente lo tituló "Sin hablar". Pero no todo el Bowles fue malo. Jamás se cansó de grabar en audio música aborigen de África del Norte para el Instituto Smithsonian y transcribió, tradujo y editó buenas novelas y relatos de los escritores marroquíes Mohammed Mrabet y Larbi Layachi. Por su parte escribió libros memorables que reflejaban su particular, trágica visión del mundo y, gracias a sus intrépidas exploraciones del mundo y a sus asociaciones con algunos de los grandes creadores de su época, hizo de su vida una obra de arte. Ojalá lo hubiera hecho con una gota más de autoconciencia.



Mathew Sharpe
Traducción de Roberto Pinzón
(Tomado de El Malpensante-Colombia)